

## Capítulo 1

*¿Dónde se ha metido el conejo?* Pensó girando en redondo sobre sí mismo. *No puede haber ido muy lejos. Hace un momento vi por aquí su estela. Aquella roca se ha movido, se habrá escondido detrás ¡O se habrá metido dentro!*

El muchacho con cara de niño corrió de forma imprecisa hacia la roca sin dejar de señalarla. El suelo irregular, surcado de charcos y agujeros, hacía aún más torpe su avance. Cada vez que el agua mojaba sus roídos zapatos daba un pisotón para salpicar la tierra de alrededor y sonreía.

Llegó hasta ella y la acarició con la palma de la mano notando su áspero tacto. Dio una vuelta rodeándola admirando sus formas y la curiosa oquedad que mostraba en uno de sus laterales.

— ¿Conejito? -preguntó alargando las vocales hasta tal punto que se comían a las consonantes-. ¿Estás ahí conejito?

Metió la cabeza dentro del agujero de la roca buscando alguna salida que no existía. La sacó extrañado y miró hacia todos lados. Se levantó y sintió un repentino dolor en la rodilla.

— Aisssss -siseó frotándose la rótula.

Echó a andar mirando al horizonte y buscando nuevos escondites. Entonces la vio de nuevo. La colorida estela del conejo serpenteaba entre los charcos alejándose de allí hacia una pequeña loma. Con la alegría iluminando su infantil rostro, corrió siguiéndola y olvidándose del dolor que hace un momento le había hecho encogerse.

Subió a lo alto de la loma con cierta dificultad y echó una ojeada alrededor. Desde aquel lugar se alcanzaba a ver una amplia extensión de terreno hacia un lado, y una serie de pequeñas montañas hacia el otro. Ni rastro del conejo ni de su estela de colores por ningún lado. Se sentó, alicaído y se frotó de nuevo la rótula.

Pasó cerca de treinta segundos en aquella posición hasta que decidió que era suficiente. Entonces se tumbó y se echó a rodar colina abajo riéndose sin control. Tambaleándose subió de nuevo hasta la mitad de la colina, y desde allí se volvió a tirar dando vueltas.

Mareado, se sentó sobre un charco y esperó a que el mundo que le rodeaba dejara de girar. Se había hecho daño en la muñeca al dejarse caer, pero no le importó. Miró hacia el barro, cogió un puñado con la mano y lo estrujó entre sus dedos. Aburrido, mojado, dolorido y cansado, se tumbó de nuevo y se detuvo a escuchar. Solo el silencio le rodeaba.

*¿Dónde se habrá metido ese conejo?* Se preguntó mirando hacia las nubes.

Su estómago emitió un tenue sonido y le recordó una vez más su acuciante necesidad. Se incorporó y bajó la cabeza.

— Mamá, tengo hambre -le dijo al charco sobre el que se encontraba.

Se levantó, y al hacerlo su rodilla derecha emitió un profundo chasquido que le hizo desequilibrarse. De nuevo en el suelo, lloró por el dolor.

Al cabo de un rato, se frotó las lágrimas de la cara e intentó ponerse de nuevo de pie. Su rodilla volvió a responder, pero no con la estabilidad que debía. Probó a caminar y

pudo hacerlo de modo que avanzó con torpeza oteando los alrededores en busca de la estela de colores del conejo.

Caminó durante casi una hora, arrastrando los pies sobre el barro y llamando cada tanto al conejo en aquel vacío que le rodeaba.

Se estaba aburriendo de buscarlo cuando lo vio. No su estela. El propio conejo. Peludo, sedoso y de alguna manera, limpio de arriba abajo. Se encontraba olisqueando un charco hasta que notó su presencia, entonces se irguió, y lo miró a los ojos.

— ¡Conejito! –gritó el muchacho.

Echó a correr hacia él con la alegría reflejada en su rostro, ajeno al dolor que se había agudizado tanto en su rodilla como en la muñeca. El animal lo esperó, tranquilo. Él continuó su carrera hasta que un pequeño montículo le hizo tropezar y caer de bruces sobre otro charco. El agua embarrada salpicó su cara. Cerró los ojos, se los frotó y cuando los abrió un escalofrío le subió por la espalda.

Había apoyado la mano derecha en el suelo frente a él para frenar la caída, y en la muñeca, sobre la zona que le dolía pudo ver un agujero en su piel. Pero no se trataba de una herida. No sangraba. Simplemente, su piel terminaba en ese punto, formando un agujero del tamaño de una uña. Y bajo ese agujero, nada. Solo una oquedad que parecía alcanzar el otro extremo de la muñeca. Giró su mano y vio una arruga sobre su piel, entre las venas marcadas. La acarició con un dedo, la alisó con cuidado y pudo ver la luz entrar en su muñeca al otro lado.

Se asustó. Se arrastró por el suelo reculando al tiempo que se miraba la muñeca. Y en esa posición pudo ver su rodilla. Hueca.

Se levantó sin importarle el dolor que era cada vez más intenso y real, y corrió intentando alejarse de sí mismo, y de lo que acababa de ver. Sin dejar de correr miró hacia abajo, viendo su pierna doblarse y extenderse con el movimiento de la carrera, al tiempo que abría y cerraba el agujero vacío que allí había surgido.

No vio la piedra del tamaño de un puño que había en su camino. Tropezó, cayó y perdió el sentido.

## Capítulo 2

Xob salió de la sala de audiencias dando un portazo y haciendo retumbar aquella gruesa madera de roble. Ya daban igual los modales. Todo el trabajo de los últimos seis años no valía para nada.

— Ya solo quedáis trece –dijo intentando sonar indiferente sin conseguirlo.

Todos lo miraron, algunos de sus ya excompañeros cuchichearon. Solo una de ellos se acercó y apoyó una mano en su hombro.

— Lo siento, Xob. Son idiotas. No saben lo que hacen.

Él levantó la mirada y la cruzó con la de ella. Irimia había sido la primera en entrar y había resuelto su audiencia sin demasiados problemas. Sintió un injusto reproche hacia ella, pero logró ocultarlo.

— Bueno. Mejor ahora que dentro de seis meses –respondió sin mucho ánimo.

Se alejó y caminó hacia la salida consciente de que todos los ojos de la sala lo observaban, tal y como él había hecho con tantos otros. Resultaba extraño haber estado al otro lado de aquellas miradas más de un centenar de veces y sentir tan ajena aquella sensación de rechazo.

El primer año habían entrado más de ciento treinta aspirantes. Jóvenes de diez años que aspiraban a formar parte de la biblioteca y vivir permanentemente entre las moquetas, las lámparas, los tapices y las puertas de roble. Al final de ese mismo año, quedaban menos de la mitad. El segundo año se cobró las esperanzas de otros veinte aspirantes. Durante el tercero y el cuarto, siete. En el quinto y en el sexto año, seis. Y en aquel séptimo y último año, Xob sería el primero de muchos.

Caminando entre las adornadas paredes de la zona exterior de la biblioteca, se empezó a dar cuenta de que no volvería a recorrer aquellos pasillos. Se arrimó a uno de los lados y sin detenerse acarició la pared sintiendo su suavidad. Levantó la mirada, admirando con más sensibilidad que nunca la calidez de las luces de las lámparas. Sus ojos se humedecieron al despedirse de aquel entorno pulcro y cálido.

Atravesó varias estancias hasta llegar a un enorme salón, desde allí tomó un pasillo ancho y golpeó con los nudillos la tercera puerta a la derecha.

— Adelante –le invitó una voz desde el otro lado.

Xob accedió y su rostro resultó ser lo bastante expresivo, pues el hombre que estaba sentado al otro lado de un escritorio se levantó inquieto.

— ¿Qué ha ocurrido?

— No he pasado –se limitó a responder.

Desenganchó el botón de la capa con la insignia de la biblioteca y la dejó sobre la mesa. Sacó una pequeña tablilla de su bolsa y le depositó sobre ella.

— No sé qué decir. Lo siento.

— No digas nada, Anxo. Mejor ahora que dentro de seis meses.

El hombre bajó la mirada a la tabla y la capa que descansaban sobre la mesa.

— Quédate la carta de racionamiento –dijo señalando con un gesto a la tablilla de madera -. Diré que no tenía preparada la otra. Y vuelve en unos días.

Xob estuvo tentado de negarse por orgullo, pero sabía que se arrepentiría así que se acercó y la recogió. Al menos no pasaría hambre en los próximos días.

— Gracias –dijo emocionado.

— No es nada. Te dará unos días de comodidad.

— No por la carta. Por todo. Por la ayuda que me diste todo este tiempo.

Anxo sonrió con cierta amargura.

— Sabes que solo tutoreo a los que valéis la pena. Hemos perdido a quien podía ser un miembro muy valioso de la biblioteca.

Xob se acercó y lo abrazó, dejando, en silencio, que las lágrimas corrieran por primera vez.

— Estaré bien –acertó a decir.

— Te las arreglarás. Eres listo.

Se frotó la cara con la manga de su camisa y se separó de él.

— Hasta la vista.

Sin esperar más, sin detenerse ni volverse salió de la habitación y volvió al pasillo. Esta vez no levantó la vista del suelo. Quiso salir de allí cuanto antes de modo que aceleró el paso. Allí, sin la capa ocultando su envejecida ropa, atraía las miradas de cuantos se cruzaban con él.

Llegó ante las grandes puertas, y en un último vistazo se despidió de aquel lugar para siempre.

El cielo blanco le recibió con la misma lluvia con la que lo despidió unas horas antes, cuando entraba, pero con distintos matices. Ya no era una pequeña molestia inevitable, sino una muestra de la realidad que le esperaba. Notó el frío en la espalda, como si el exterior estuviera señalando la ausencia de la capa con un gesto impertinente.

Caminó entre la gente que abarrotaba las calles cercanas a las grandes puertas, y se alejó sin pensar hacia dónde caminaba. Intentó mantener sus pies secos, pero fue imposible evitar los charcos entre la gente y pronto le dio igual. No tenía nada que hacer en aquel momento, y tampoco quería volver a su cabaña a dar la mala noticia a sus padres, así que se dirigió hacia el único lugar al que le apetecía ir.

Nunca había estado fuera de la biblioteca por la mañana de modo que no sabía si Adria estaría en casa o estaría trabajando. Dudó unos instantes pero terminó golpeando la puerta con cuidado.

— ¿Adria?

Notó movimiento dentro de la cabaña y se puso de puntillas para mirar por encima de la puerta. Se encogió algo cuando vio a la madre de Adria acercándose para abrirle.

— ¿Xob? ¿Qué haces aquí?

Al contrario de lo que solía suceder, la vieja Clara no le miraba con desprecio. Aunque aquella novedad resultara agradable, no pudo evitar percibir un tenso gesto de preocupación en sus gestos.

— ¿Está Adria?

Ella mantuvo la actitud tensa y exhaló un pequeño suspiro.

— Salió con su padre a buscar a Glu.

*Así que es por eso*, pensó más tranquilo.

— ¿Ya se ha vuelto a escapar? ¿Sabes dónde se han ido a buscarlo? Podría ayudarlos.

— Sé que fueron a las cochiqueras, pero no sé si siguen allí. Pero, ¿tú no tendrías que estar en la biblioteca?

Xob se alejó mientras le hablaba.

— Voy a ir hasta allí. A ver si les ayuda a encontrarlo. Gracias.

Esta vez sí, Clara le dedicó una mirada desdeñosa. *Ahí está, la vieja Clara*, pensó echando a correr en dirección a las cochiqueras.

Rodeó los muros de la biblioteca alternando pequeñas carreras suaves con tramos caminando. Tenía los pies fríos y empapados, al igual que los pantalones hasta las rodillas. Poco le importaba seguir ensuciándose. Ya no tenía que mantener la estricta pulcritud exigida por los maestros, y en todo caso, resultaría imposible desplazarse por aquellos caminos sin mancharse las perneras.

Vio a Adria incluso antes que a la propia cabaña que alojaba a los cerdos. Discutía gesticulando con un hombre alto de aspecto estúpido y de edad indescifrable. Sus bucles castaños, perfectos, se agitaban con cada gesto, acariciando sus hombros y su espalda. Las manos, pequeñas, pálidas y delicadas se movían con gracia natural. Su voz, aún en medio de aquella tensa conversación, reflejaba una dulzura muy alejada del carácter que solía demostrar.

— ¿Qué ocurre? –preguntó Xob interrumpiéndolos sin mucho reparo.

El hombre se percató de su presencia y cambió por completo su expresión. Las cejas se elevaron y la voz perdió todo tono imperativo. Adria, por su parte, no cambió el gesto fruncido aunque pareció agradecida de su llegada.

— ¡Oh! Hola Xob –dijo él-. Esta chica dice que quiere buscar a su hermano en la cochiguera y yo le estoy diciendo que ahí no puede estar.

— Le estoy intentando explicar a este... a Saúl, que no es la primera vez que Glu viene a esconderse a aquí.

— ¡Que aquí no está! –respondió alzando la voz y volviendo a aquel gesto huraño -. He estado aquí desde que las abrimos, y no ha podido entrar.

Xob apoyó una mano en el hombro de Adria interceptando su réplica, y habló hacia Saúl con calma.

— Saúl. Ella se quedará más tranquila echando un vistazo dentro. Sé que ahí no va a estar, pero es su hermano. Déjala entrar un momento. No va a tocar ni a romper nada.

Las dudas se reflejaron en su rostro. Miró hacia atrás y mostró en la cara su sufrimiento.

— Es que no puedo. No puedo dejar entrar a nadie. No es cosa mía -dijo debatiéndose aún entre la lógica y el deber.

Ahora Xob apoyó su mano en el hombro de él.

— Vale, Saúl. Lo entiendo. Tranquilo -respondió en tono tranquilizador -. Pero seguro que puedes echar tú un ojo dentro. Nosotros te esperaremos aquí fuera. ¿Nos harías ese favor?

— No sé. Supongo...

— ¡Gracias! -le premió con entusiasmo -. Revisa bien cada esquina. Glu es muy escurridizo y le gusta meterse dentro de las cosas y esconderse en los lugares más estrechos. Sé que harás un buen trabajo.

Saúl asintió y echó a andar hacia el interior de la cochiguera. Xob echaría de menos la admiración con que la gente le miraba por ser un aprendiz de la biblioteca. Sonrió. Adria resopló justo antes de hablar.

— Yo no sé cómo puede ser que los más listos os entendáis tan bien con los más tontos.

Se giró y caminó hacia el muro de la biblioteca, a escasos metros, para sentarse en el alto escalón que había en su base.

— No es mala persona. Solo cumple órdenes -respondió imaginándose a sí mismo cuidando a los cerdos el resto de su vida.

Adria se inclinó hacia adelante con las manos apoyadas a ambos lados de sus piernas y mirándolo con gesto extrañado.

— ¿Y tú? ¿Qué haces aquí por la mañana? ¿No tendrías que estar...? -guardó silencio, adivinando lo que ocurría -. No me digas que...

Xob asintió bajando la mirada. Ella se llevó las manos a la boca.

— Vaya... lo siento...

Se encogió de hombros.

— Mejor ahora que dentro de seis meses.

Le contó cómo aquella mañana había acudido a la audiencia mensual. Había estudiado. Se había esforzado como cada mes, y aunque notaba un aumento de la dificultad de los retos, se había sentido preparado para afrontar uno más. Pero las cosas no habían salido como él había imaginado. Las preguntas fueron más incisivas de lo de costumbre agudizando sus dudas y haciéndole titubear en puntos de los que estaba seguro.

Al término de la audiencia el magistrado Hernán le sermoneó.

— Un letrado no solo tiene que saber, tiene que demostrar saber. No solo tiene que conocer, tiene que transpirar verdad. Contagiar conocimiento -le había dicho -. De nada vale

una verdad dicha en susurros y titubeos, porque nadie la contemplará y nadie la seguirá. Hay que vestir la verdad con su propia veracidad. Dejar que la palabra no sean solo sonidos, sino hechos. Un letrado no puede dudar de su palabra. Su palabra es su valor. Y su valor no puede temblar. Tu palabra se tambalea y se desmorona. No habrá sitio para ti en la biblioteca.

Aquellas palabras habían dado fin a seis años de intenso estudio, de constantes esfuerzos para ser mejor que muchos otros aspirantes que habían quedado atrás, y que al igual que él, habían tenido que renunciar a una vida mejor. Renunciar a trabajar en la biblioteca durante el resto de sus vidas, viéndose abocados a una vida de trabajos físicos, hambre y frío.

— Vaya. Qué pena –respondió Adria sin llegar a transmitir ese sentimiento.

— Fui a entregar la capa y la carta de racionamiento, pero... -bajó la voz hasta un susurro –Mi tutor me dejó conservar la mía durante unos días.

Adria abrió muchos los ojos.

— ¿Tú sabes cuánto te darían por algo así?

— Shhhh... -le recriminó él -. No puedo hacer eso. Tengo que entregarla dentro de tres días. Anxo me mataría.

— Pero podrías decirles que te la robaron –insistió ella en un volumen más adecuado.

— Es una falta muy grave. Podrían privarme de la carta de racionamiento pequeña para siempre.

Adria no insistió y miró al frente.

— Así que Glu se ha vuelto a escapar, ¿eh?

— No es como otras veces –dijo ella, seria -. Esta mañana ya no estaba en casa. No ha desayunado. Siempre vuelve en cuanto le entra el hambre y le hemos buscado por todas partes. No sé dónde más buscar. Esta es mi última idea.

— ¿Y tu padre? ¿No estaba buscando contigo?

Ella soltó una amarga carcajada.

— Sí. Lo está buscando en la destilería.

Saúl se asomó por la puerta de la cochiguera y los buscó con la mirada.

— Nada. He mirado por todas partes. Aquí no está.

Xob y Adria se descolgaron del escalón.

— Gracias –dijo él al tiempo que ella le dedicaba un tenue gruñido.

Se alejaron pisando el camino embarrado.

— No sé dónde más buscar –dijo abatida.

— Vamos a tu casa, puede que ya haya vuelto.

Ella se detuvo y lo miró a los ojos.

— Siento lo tuyo, de verdad. Pero estoy preocupado por Glu.

— Lo sé. Lo entiendo. Te ayudaré a encontrarlo.

— Tú lo dijiste antes, ¿no? Mejor ahora que dentro de seis meses.

— Pues sí –respondió.

*Aunque mejor, hace seis años, se lamentó por dentro.*



